

La experiencia cinematográfica

JESÚS GONZÁLEZ REQUENA

Se da en decir que el cine es un medio de comunicación. Y se incurre por eso con demasiada frecuencia en el error de juzgar las películas –y, por extensión, el resto de los productos artísticos– por la calidad de la significación que, en tanto mensajes, contienen y transmiten.

Notable confusión. Nada lo prueba mejor que el hecho de que las películas que más profundamente nos importan, esas que queremos –y muchas veces necesitamos– volver a ver, son aquellas cuya significación nos resulta más difícil, si no imposible, resumir. Y viceversa: sintetizamos con la mayor facilidad el significado de aquellas películas que menos nos interesan, hasta el punto de que esa facilidad se nos descubre como el más eficaz índice de su banalidad y desinterés.

De lo que resulta obligado deducir que, si el cine es un medio de comunicación, debe ser uno bastante malo. Pues, como se sabe, la eficacia y la calidad de un medio de comunicación estriba en su funcionalidad comunicativa, es decir, en su eficacia para transmitir una determinada significación con la mayor exactitud y rapidez posible. Aunque seguramente sea más exacto decir esto otro: que tanto más intensa es la experiencia estética que una película suscita en su espectador, tanto más ineficaz se muestra ésta como mensaje comunicativo.

Una obra de arte es un espacio de experiencia destinado a ser transitado

Con independencia, claro está, de la opinión de esos críticos que confunden la experiencia estética con la identificación ideológica. Para ellos, tanto más valiosa es una película cuanto más exactamente coincide con su ideología, aunque no lo dirán así, por supuesto, sino que hablarán de la honestidad de su compromiso con la realidad, como si ellos poseyeran un acceso directo a lo real que les permitiera hacer juicios soberanos sobre el

realismo de las películas. Mas no se piense que constituyen una excepción a lo señalado antes: sucede tan sólo, como hemos dicho, que participan de ese error que les lleva a confundir la mejor película con la que comunica de forma más eficaz precisamente esa ideología que es la suya.

Pero el caso es que la experiencia estética estriba, precisamente, en todo lo contrario: en su capacidad para suspender y atravesar las ideologías (esos discursos estandarizados en los que nos protegemos y reconfortamos, cuando no nos afirmamos al modo narcisista) para golpearnos en lo más íntimo de nuestro ser. Nada como el seísmo que entonces tiene lugar nos informa con más precisión de la intensidad estética de la experiencia que realizamos, pues afecta de manera inmediata a los fundamentos mismos de nuestra subjetividad.

¿Que por qué eso nada tiene que ver en lo esencial con la comunicación? No, por supuesto, porque no haya significación en juego: siempre la hay en el ámbito de lo humano. Pero sí porque lo que ahí se juega es de otra índole. Muy precisamente: la de la experiencia misma en su dimensión radical, singular e irrepetible, es decir, real y, por eso mismo, refractaria e irreductible a todo signo (categoría abstracta al fin) que pretenda apresarla.

Pero el que la experiencia sea en sí misma incomunicable, el que resulte imposible cifrarla en significación empaquetable en mensajes destinados a ser transmitidos y, ulteriormente, descodificados, no hace imposible la tarea del arte. Tan sólo demuestra lo absurdo de pretender identificar dos cosas tan disímiles entre sí como el arte y la comunicación.

Pues una obra de arte no es un mensaje configurado para ser transmitido, sino un espacio de experiencia destinado a ser transitado. Poco importa la significación que contiene, pues lo que en ella realmente importa –lo que en ella nos afecta y nos toca– es la experiencia que allí realizamos. Y en tanto que la realizamos, en tanto que recorremos ese espacio de experiencia que la película es, rehacemos –tocamos, hacemos nuestra– la experiencia que otro –el cineasta– hizo antes una vez y que allí, en su film, ha quedado cristalizada.

Podemos decirlo todavía de un modo más simple: toda verdadera película es la huella real cristalizada de la experiencia que tuvo lugar durante su rodaje. No en otra cosa se cifra su verdad o su banalidad. ■

Jesús González Requena es Catedrático de Comunicación Audiovisual de la Facultad de Ciencias de la Información, en la Universidad Complutense de Madrid, y Presidente de la Asociación Cultural Trama y Fondo.

La experiencia cinematográfica en Cahiers du Cinema España
nº 20, 2009.

www.gonzalezrequena.com